

## CAPITULO IX.

*Viuda de María, Madre de Dios, ó la Mujer perfecta.—Naturaleza providencial de tan excelsa criatura.*

Después de Jesucristo Dios y hombre, ¿hay ideal más perfecto que el de María?

Una mujer, bendita entre las mujeres; una virgen más casta que los ángeles; una madre, Madre de Dios; una viuda cuyo bien perdido es el Cristo muerto en el patíbulo; una mujer dolorosa cual ninguna; una mujer gozosa cual ninguna: éste es el ideal de María.

La mujer en cuyo seno se hace hombre el Hijo de Dios, el Verbo, el verdadero Dios, el Dios único, es un pensamiento admirable, digno de la

verdad. ¡Qué tienen de semejantes los consorcios de uno de tantos dioses con una mujer, en el paganismo, y el consorcio del Espíritu Santo con *Miriam* la incomparable, la inmaculada! Tratándose de dioses tan familiares, tan pequeños y tan sin santidad como los del paganismo, nada tenía de inventiva una mujer hecha madre por alguno de ellos; pero, reflexiónese bien:—tratándose de un Dios tan alto, tan grave, tan espiritual, tan santo, como el Dios de Israel de quien jamás se atrevió hebreo alguno á pensar sino como el siervo postrado delante de la majestad régia, ¿enviar ese Dios su ángel, y saludar éste á la incógnita María, y decirle de parte de su Dios que queda en los cielos: . . . . «María, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita eres entre las mujeres;» y contestar la inocente doncella: «hágase en mí según tu palabra;» y en ese instante ser concebido Jesucristo, eso es crear un ideal de sublimidad altísima!

Y, véase bien: en los consorcios de dioses paganos, jamás se pensó en idear que el hijo de la favorecida de alguno de ellos, fuese un fruto santo; nunca se pensó en darle un carácter diferente del de un fruto como todos. No así en el sacramento del Verbo hecho carne; todo está ahí tan en armonía, que la verdad y la santidad se

invocan de un extremo á otro del admirable sistema del altísimo dogma: no fecunda Dios al acaso á su escogida; todo estaba ya previsto; Isaías había suspirado por ese consorcio, y el fruto viene despues á garantir tan bien lo cierto de las celestes bodas, que ha podido decir seriamente delante de sus enemigos, «¿quién de vosotros me argüirá de pecado?»; y el motivo de haberse hecho carne el Verbo en el vientre de la Inmaculada, sigue despues tan sostenido y tan razonado, que la Eucaristía viene á explicar la Encarnacion y á darle su complemento: el inmenso amor de Dios á la criatura; porque lo que es Dios para los ángeles, como luz eterna y fuego santísimo, cuyo ser transpasa, digámoslo así, más que la luz corpórea al cristal y el fuego corpóreo á la brasa, eso es Dios en el vientre de María, eso es Dios en el pecho del justo que comulga.

Hé aquí, pues, á la mujer perfecta. Hé aquí á la que los católicos romanos elevan hasta el rango de Reina de cielos y tierra. En esto, la razon está toda de nuestra parte; para negar á María su grandeza, es necesario negar la de Jesucristo y prescindir de la hipótesis de todo cristianismo: Dios con nosotros.

¿Creéis en el *Hombre-Dios*? Creed en la mu-

jer perfecta; no *mujer, Dios, si madre* del Hombre-Dios.

Véase todavía más á fondo el gran pensamiento del ideal de la *Mujer perfecta*: Dios es amor; su encarnacion fué para poder portarse materialmente como padre, como hermano, como amigo de los hombres, como amigo que dá la vida por su amigo; mas ¿cómo podía Dios en ese sistema, revelarse, portarse materialmente como madre? Realizando la entidad de María.

Es sublime, es la mayor ventura mística en la vida real del corazón ávido de amores, poder decir al Cristo: «¡mi amor!» «¡mi amante!» y sustituir con ese amor y con ese amante, un amor y un amante humano que nunca llenará la inmensidad del ideal que el amor quisiera ver realizado, encarnado; pero de ese sublime, de esa ventura, solo puede gozar la mujer. Mas, el varón, que vé cuán poco es el amor de la mujer terrena, no tiene ahí á María . . . . ? ¿No puede decirle «¡mi amor!» «¡mi paloma!» «¡mi perfecta?» Si vemos á Teresa de Jesús, á Magdalena de Pazzi, enamoradas del Cristo, ahí también están Bernardo, Epifanio, Ildefonso, Alfonso de Ligorio, enamorados de María. Bien es que el Cristo es Dios, y María una criatura; pero ¿qué falta para enamorarse de Dios cuan-

do se vé en María lo amable y tierno que Dios es: ¡Dios en imagen perfectísima hecho una madre! y ya se sabe lo que es una madre. El autor de María ¿no tendría en tan amable obra semejante designio?

El Cristo y María, ¡qué armonías para el amor del alma!

No faltará quien diga—Proudhon nada menos, lo dijo con diabólica malicia (en su obra «Amor y Matrimonio»):—«¡Oh! qué impuros sois; estais usando con el Cristo y con María el profano lenguaje de: «mi amor,» «mi bien,» «el amado de mi corazón,» «mi dulzura,» «mi delicia,» frases todas del amor humano.»

No sabeis lo que censurais;—le respondemos—estais haciendo un falso supuesto, estais viendo los objetos invertidos; porque suponéis que es lenguaje figurado ese que se usa con Dios y sus santos, tomado del lenguaje que, por el contrario, suponéis no figurado y original, usado en humanos amores; y en eso errais gravemente, porque ese lenguaje está hecho para Dios y se ha profanado usándolo con la criatura, y la profanacion se ha vuelto tan usual que hoy os parece usurpacion lo que es legítimo derecho, y derecho legítimo, lo que es profanacion; hoy os parece natural lo que está desnaturalizado, y

os parece anti-natural lo que no es sino muy natural; poco profundos sois si las expresiones del amor las creéis trasladadas, legitimadas, del sensualismo á la mística, cuando es al contrario; son de origen puro y místico, y se han trasladado con violencia manifiesta al lenguaje de la sensualidad. En todo, Mr. Proudhon, veis las cosas invertidas, y no reflexionais que así la ciencia como el amor, tienen en Dios la fuente, y las corrientes hácia el hombre, y no al contrario; no reflexionais que el primer amor de la humanidad fué Dios, y el uso primitivo de la palabra amorosa fué debido á los amores místicos. Hasta que el hombre y la mujer olvidaron á Dios, su primer amor, pudieron llamarse «mi amor» el uno al otro.

Cuando se trata de María, la Madre del amor hermoso, no pueden ser una digresion las reflexiones que anteceden.

Es tambien digno de notarse respecto de María lo que se nota para conocer el carácter de Dios; es á saber: En la entidad de cualquier padre, ¿no quiso Dios que á El mismo le viésemos? Y si esto es así, ¿en la entidad de cualquiera madre no querría Dios que viésemos á María? ¿No será nuestra madre por excelencia la madre de Emmanuel nuestro hermano?

Asimismo reflexiónese. Ese gran hecho diario, universal, de todos tiempos: ¡una madre! debía figurar algo . . . . . y ¡qué armonía más congruente, despues de figurar la ternura del Padre celestial, que figurar á la madre de Cristo, á la Virgen María?

Pero no solo en la Naturaleza física y moral: en la Naturaleza providencial, ósea en la Historia está María. El ideal de María es, pues, eminentemente providencial; es, por tanto, verdadero:

María es Eva sin el pecado, como Cristo es Adán sin el pecado:

Es Raquel la hermosa, madre de José figura de Jesus;

Es Sahara la de Abraham y la de Tobías; pero es más que una estéril hecha fecunda; es madre sin dejar de ser vírgen, y es la madre de su Dios, del Dios del Universo, y es más que la favorecida contra el demonio, porque el demonio jamás entró en los umbrales de esa casa, morada del Espíritu Santo;

Es Ana la estéril, que pare no un profeta sino al anunciado de los profetas;

Es Judith, que hiere de muerte, quedando ilesa, no al enemigo de Israel sino al enemigo de todo hombre, no á Holoférnes el soberbio, sino al ángel envidioso;

Es la madre de los Macabeos que da á la muerte no á un hijo hombre como todos, sino á un hijo que es el mismo Dios; y sufre tan grandes penas, como grande era su amor, que era tan grande como ser grande la Madre de Dios.

Es Edisa, de esclava hecha reina, pero no de ciento veintisiete provincias, sino sobre los ángeles y serafines; y así como para Edisa no se hizo la ley fatal y pudo sin irritar al Rey verle la cara, tampoco para *Miriam*, eximida del pecado de su pueblo;

Esa mujer tan pequeña y tan grande, es la nube de Elías;

Tan cercana á la Divinidad, es la aurora del sol;

Tan semejante á Dios, es la luna;

Tan casta y tan pura, es la rosa;

Tan bella y tan santa, es la azucena entre espigas;

Tan llena de gracia, es la estrella de la mañana;

Tan amada, tan favorecida de Dios, es la Esposa de los Cantares;

Es, despues del Verbo, la sabiduría que ensalzan los libros de Salomon;

Toda la historia, la poesía, la mística, del antiguo Testamento, flor de la historia, de la poesía

y de la mística del mundo antiguo, no respiran sino á María, la humilde hija de Joaquín, nuevo Abraham, y de Ana estéril como Sara: no respiran sino á María la madre de Jesús y por lo mismo de Dios, la madre de Juan y por lo mismo de todos los hombres, la amiga de Isabel y por lo mismo hermana de los ángeles, la heroína del Calvario y por lo mismo la co-Redentora, la Reina por fin de los cielos y de la tierra; bien así como esa historia, esa poesía, esa mística del Testamento antiguo y del mundo antiguo, no respiran sino á Jesús, el hijo de la Virgen, el hijo del pobre, el perseguido de sus hermanos, el salvador de su pueblo, la víctima del facinoroso, el legislador universal, el sacerdote sumo, el casto que no conoce esposa, que no se enoja sino por el desacato de la casa de Dios, que salva de la muerte, no ya á la inocente Susana, sino á la pobre adúltera, que antes de obedecer hace temblar á sus aprehensores, no ya matando como Elías sino volviendo á la vaina la espada de Pedro.

Tal es María.

Con su persona sucede lo que con el Cristo: no es posible tener hoy idea de tan extraordinaria entidad, sin que ésta exista realmente; las armonías del *ideal* con la *realidad* de la Madre

de Dios son tan satisfactorias, que en fuerza de tener el *ideal* ya no admiramos tanto el *hecho* de María, y en fuerza de tener el *hecho*, nos parece extraño su ideal en el orden providencial del mundo.

Lo que diríamos de la grandeza de Jesucristo podemos traducirlo textualmente para María. El desconocimiento de la grandeza de María, grandeza que es cuanto puede darse, proviene de un falso supuesto, proviene de nuestro modo habitual de ver los objetos invertidos. Está el falso supuesto en entender que el designio de Dios con María viviendo en la tierra, fué mostrarla grande bajo todos aspectos, gloriosa á los sentidos, llena de todos los dones perecederos, y llamada á participar como esposa de un rey terreno, de un héroe mundano, de la gloria y carnal felicidad que en tal hipótesis se habría dado á su esposo. Mas, no es así; el designio de Cristo con su Madre, fué presentarla en toda la grandeza de la mujer espiritual, bajo las formas de la pobreza, de la castidad y de la obediencia. Presentarla grande bajo todos aspectos, está reservado para la segunda venida del Rey de reyes; entónces el ideal habrá recibido áun ese complemento, y será perfecto no solo como

de la mujer moral sino como de la mujer física.

Mas, ántes de que llegue ese día, *Miriam* ha tenido ya la verdadera grandeza, la de la mujer espiritual. Nosotros si no en abstracto, en contrato sí, estamos tristemente habituados á dar la primacía á la grandeza de la física hermosura sobre la de la mujer interior; por eso María y todas las santas mujeres no nos parecen tan grandes como son: y, sin embargo, ¡qué va de la escondida vírgen que deja todos los amores y afea de intento todas sus grácias, que sin quejarse sufre en su corazon ignorados dolores que el varon no conoce, que tiene que luchar contra toda fuerza, á fuerza de callar y sufrir; qué vá, decimos, de esta mujer, á las mujeres que el mundo saluda como diosas!

¡Cuán grande es la mujer así, diríais; hé aquí una grandeza que no cede á la de los varones eminentes en santidad y en sacrificio!

Pues ¡eal el tipo de esa grandeza no se conocía, hasta que fué elevada á la admiracion de las generaciones aquella Virgen, madre del Hijo de José, aquella que no sabe de otro esposo que de su Dios, aquella que vé pobrísimo y perseguidísimo á su hijo, el Cristo Dios, el Cristo Dios que tiene por cuna un establo abando-

nado, y por lecho de muerte un patíbulo de afrenta.

¡Oh! esa mujer perfecta, es la siempre Virgen, madre de Dios hecho pobre, de Dios hecho mártir; esa mujer, es María, madre de Cristo, madre de Dios.

## SECCION II.